

ante sacristía y otro para la puerta principal del templo: algunos miles de pesos ha costado todo esto.

Desde el día 4 de Diciembre de 1905 ha comenzado una nueva época para el Santuario, época de magnífico esplendor, debido al ardiente celo del Sapientísimo y progresista Ilmo. Sr. Dr. y Maestro Don Ramón Ibarra y González, Dignísimo primer Arzobispo de esta Arquidiócesis. Si el Ilmo. Señor Alvarez de Abreu enalteció tanto el culto de Ntra. Señora, consiguiendo de la Sta. Sede que fuese declarada Patrona de la Provincia de Tlaxcala, dejando este virtuoso Prelado una estela de luz en la historia del Santuario que jamás se extinguirá. Nuestro Dignísimo Prelado en cuyo corazón se desborda á torrentes el amor á tan Augusta Reina, por eso es que, en medio de sus múltiples y benéficas labores, ha fijado sus miradas paternales en el Alcázar de la Soberana Madre de Ocotlán *ó sea de Ocotlatia*, ocote que arde, para elevarlo al rango que justamente corresponde á un Santuario, á una Basílica, que constituye además de un tesoro de riqueza espiritual, un monumento nacional de nuestra historia Patria. La memoria pues, de nuestro virtuoso Prelado, permanecerá incólume y radiante para siempre, en la historia de Ocotlán.

Para el efecto, el mismo Ilmo. Sr. Ibarra, el día 4 de Diciembre de 1905, en presencia del muy Ilustre Señor Delegado Apostólico Don José Ridolfi, y de un gran concurso de fieles, en medio de solemnísima función religiosa, erigió canónicamente cuatro Capellanías en la suntuosa Basílica, con el fin de enaltecer el culto de la Soberana Reina; se formó su sillería de coro para los Señores Capellanes, donde diariamente rezan el Oficio Divino.

Además, quedó agregado á la casa del Santuario, el Colegio Clerical que se trasladó de Puebla á aquella apartada mansión, cuanto deliciosa soledad, que convida á la oración para disponerse los ordenandos á recibir la dignidad sacerdotal.

Con tal motivo, como se dijo antes, se construyó la sillería del coro y en la casa se arreglaron departamentos para los Sres. Capellanes y local para el Clerical. Todo esto ha originado gastos muy serios que han sido costeados por el abnegado y devotísimo Sr. Pbro. Picazo.

Además, nuestro infatigable Prelado Diocesano, en su viaje que actualmente hizo á la Ciudad Eterna, trabajó porque se erija en Colegiata, la Monumental Basílica de la Imagen taumaturga de Ocotlán é igualmente por su coronación canónica, y todo le fué concedido por el Vicario de Jesucristo.

ESTRELLA VII.

Descripción del Santuario.

El Santuario de Ocotlán se vé á una larga distancia en sus contornos. Es un edificio esbelto y magestuoso como una pequeña Catedral, y á la vez lleno de cierto encanto inexplicable, un lugar de sosiego y de tranqui-

lidad, donde se experimenta el gusto interior del alma, donde el corazón se siente desprendido de la tierra y colocado en una puerta de felicidad: está situado casi en la cumbre de una loma; el vecindario que le rodea es muy reducido, serán unas cien familias, lugar desde donde con entera libertad se dejan ver las alturas más prominentes; dirige el viajero sus miradas hácia el Oriente, y se encuentra con la montaña llamada la Malintzi, que extiende su falda con toda la magestad de una gran señora; muchas veces se presenta un paisaje encantador á la hora que aparecen los rayos del astro rey, que entre los celajes caprichosos que cubren la áspera cima de la montaña, vienen á alumbrar la pobre cabaña del pastor: y la multitud de pueblos que le rodean y otros muchos que se ven desde aquel lugar, como Santa Ana, San Pablo, etc. De la falda de la Malintzi se extiende un hermoso valle hácia el Poniente, que va á terminar en la falda de las hermosas y célebres montañas de nieve del Popocatepetl y del Ixtacihuatl; su falda está circundada de poblaciones, algunas de las cuales se distinguen también desde el mismo Santuario, á una distancia como de seis leguas, como San Martín Texmelúcan y sus pueblos vecinos.

Tlaxcala está situada al pié de la loma del Santuario donde está el trono de la Reina, que domina todas estas comarcas, desde donde también se disfruta de un cuadro lleno de poesía, que deja caer las más gratas y suaves impresiones en el corazón del viajero, á la hora del crepúsculo vespertino, al sepultarse el sol tras de las montañas, entre un ropaje nácar ó color de ópalo, cuando la nieve va perdiendo su brillo y los bosques se cubren de negra sombra, mientras el Santuario se viste

de rojo por los últimos rayos que el moribundo sol le envía desde la enhiesta cumbre de las eternas montañas de nieve; y el río Zaguapan, entre tanto, como una serpiente de plata tirada, se vé á orillas de Tlaxcala y al pié de unos cerros que están al Noroeste ó sean á los que llamaban la sierra de Tlaxcala, por ser una pequeña cordillera de cerros, en cuya cima estaba la antigua Ciudad antes de la conquista, según la tradición. En una palabra, todo es poético, todo encantador desde aquella loma; y si en algo exagero, que me desmientan los viajeros que de todas partes del mundo han visitado estas regiones, lugares llenos de tradiciones, de recuerdos históricos y monumentos sagrados, para el que ama á su patria y su adorable religión; en una palabra, Tlaxcala fué la cuna de la Iglesia Mexicana, lugar donde por vez primera se vió la luz del Evangelio y corrió la sangre de los niños mártires; por último, donde la mano Omnipotente quiso y colocó á la que es y será el astro tutelar para el náufrago ó sea el delincuente. ¡María! ¡María! bendice á nuestra patria.

Al acercarse el viajero al Santuario, encuentra un edificio de un arte y un gusto originales, de lo que hoy en el día no es muy común; repito, no es grande el edificio, pero sí magestuoso y de regulares dimensiones, con sus dos torres: el Templo forma un crucero perfecto coronado con una esbelta cúpula cubierta de azulejos, y otra (á sus espaldas) que pertenece al Camarín. Antes de la entrada principal, está un cementerio espacioso con su portada de fierro, luego se presenta de lleno la vista de las torres y la portada del Santuario; las torres miden cuarenta y seis varas de altura, afligranadas, del orden de Churriguera, pero con mucha perfec-

ción y gusto; la portada es un verdadero colateral del mismo orden que las torres; en el centro hay una ventana que forma una estrella, cubierta en parte por una estatua de San Francisco, hincado de rodillas con tres mundos que sostiene, y sobre estos una estatua de la Purísima; á los lados se encuentran los siete Arcángeles entre columnas del mismo orden; en el remate forma una especie de concha astriada y un triángulo en medio de una ráfaga: todo es vaciado en mezcla

En el interior del Santuario se distinguen dos órdenes: el presbiterio y cruceros son del orden Churrigueresco, todo está cubierto de talla muy abultada de madera hasta las bóvedas, con un dorado de oro finísimo, en cuyos colaterales se encuentran como doscientas esculturas de talla antigua; en el colateral del presbiterio está representada la gloria; arriba en el altar, está un nicho de plata, de grandes dimensiones, admirable por el arte con que está trabajado, en que se deja ver al través de sus cristales el Astro de Tlaxcala, la Estatua milagrosa de la Madre de Dios, del tamaño natural, con su fisonomía que caracteriza toda la hermosura oriental, en fin, es un trasunto de la gloria, como lo dice el Sr. Loizaga; está la Imagen sobre una peana de plata cincelada; su vestido es de talla, dorado, pero sobre éste se le pone otro de telas finísimas, con bordados de oro y muy bien alhajadas, ciñendo una corona imperial en sus sienas y una aureola de oro con piedras finas, que la piedad cristiana le ha colocado; hace más de trescientos años, que la devoción de los fieles y el celo de la Iglesia Angelopolitana, conservan esta prenda, que el cielo dejó para nuestra felicidad. Arriba del nicho de Ntra. Señora, está representado el misterio de la Anunciación y á los



Santuario de Ocotlán.

lados están los padres de la Sma. Virgen; San José, San Juan y los santos que fueron parientes de la misma Sma. Virgen; arriba de la Anunciación está una Imagen de María y las tres Divinas Personas de la Beatísima Trinidad que la están coronando, y luego por la bóveda, muchos Angeles y Arcángeles con sus vestidos de talla, dorados y de colores esmaltados, que antiguos como son, verdaderamente deslumbran; allí se empleó el dinero y todo el gusto del arte.—El cañón del Templo es más amplio con relación al presbiterio, y para ser desapercibido éste, que á primera vista parece defecto, tiene formada una especie de concha dorada, la que viene desvaneciendo el orden antiguo para pasar al moderno: es una obra de gusto y mérito; de allí siguen cuatro elegantes altares de cada lado del orden corintio, del renacimiento; esto como se verá, es de un orden enteramente distinto y moderno. El viajero que ve estos altares dice y asegura que son de mármol, por el estuco á la escayola que tienen tan bien dado, pues es una obra verdaderamente particular; el pavimento es una especie de mármol que conocemos con el nombre de tecali; su coro alto es elegante y espacioso y un órgano regular para el Santuario; sus frontales y sus lámparas de plata, dignas de admirarse.

La sacristía nada deja que desear; su pavimento, su cajonera, una mesa que está enmedio, antigua y digna de conocerse por el viajero, sus ventanas, unas con cristales y otras cubiertas con sus mármoles transparentes, de media pulgada de grueso y bien pulidos; todas las paredes de la sacristía están cubiertas con pinturas en lienzo y al oleo, por Joaquín Magón; si Salomón cubrió

las paredes de su templo con el ébano y el oro, las de los nuestros están cubiertas con pinturas que nos recuerdan los más sagrados misterios de nuestra Religión, como es el de la Pasión de Nuestro Redentor, que se vé representada en las pinturas de la sacristía: estas me parece que son de lo mejor que hay en el Santuario. El aguamanil es enteramente moderno, de madera nogal, con su cubierta de mármol de Carrara, debajo de una concha astriada y dorada, que le hace ser más elegante y llama la atención del viajero.

Pasemos al Camarín, cuyo autor se inspiró en el amor y la gratitud á María Sma., por un milagro que obró en su favor: fué un indio pobre y sin cultura ninguna, se llamó Francisco Miguel y murió en 1749. Hizo una obra maestra que en su género, tiene pocos rivales, dicho no por mí, sino por personas bastante ilustradas de Alemania, Inglaterra y de los Estados Unidos de Norte América, que han visitado este Santuario y preguntan con mucha avidez por el célebre Camarín.

De esta obra no me comprometo á dar una detallada descripción, por carecer de conocimiento en el arte y que ésta sería de un trabajo ímprobo; pero es una cúpula octógona y desde su base toda tallada de yeso y mezcla, muy caprichosa y de un orden enteramente distinto de los colaterales de la Iglesia: en los lados de las paredes, entre columnas espirales, sobre unas repisas de arabescos muy caprichosos, están unos lienzos en cuyas pinturas está representada la vida de la Santísima Virgen; y uno de los ocho lados, en lugar de pintura es un arco abierto con sus cristales y abajo un altar; sobre de las pinturas va un cornisamento elegante en que se recuerdan los antiguos splendores de los edificios Romanos;

y sobre la cornisa están repartidos ocho Arcángeles con los atributos de la Sma. Virgen, ocho ventanas ojivales en los medios puntos y sobre estos, otra cornisa de menos relieve que la anterior, sostiene la bóveda y en medio de un fondo color de cielo, se ven ocho estatuas de los Santos Padres Marianos; en los ángulos de la bóveda, suben hasta el remate unas pilastras muy elegantes, que después de ciento y tantos años, brilla el oro más que el mejor dorado moderno; los capiteles de las pilastras sostienen una pequeña cornisa que corona dicho remate de la bóveda, sobre la que se ven sentados los doce Apóstoles, presididos por la Sma. Virgen, con sus vestidos de colores propios de cada uno; en el centro está una paloma representando al Espíritu Santo y las lenguas de fuego sobre los Apóstoles; y todo, á excepción de los Arcángeles, es de cal y mezcla, de relieve, con la particularidad de que en tanta y tan caprichosa talla, se encuentran distintos colores esmaltados, aparte del dorado, como el verde y el colorado; y esto en lugar de ridiculizar la obra, le hace aparecer un hermoso mosaico de mucho gusto, obra que los Ingleses no se cansan de admirar. Una señora inglesa tuvo el gusto de sacar unas pinturas á la acuarela, de los colaterales de este Santuario, así como del Camarín, pinturas que son de un gusto y arte admirables y las sacó, decía, sólo con el objeto de dar á conocer en Inglaterra, los grandes tesoros de antigüedad que hay en nuestro País.

Antes de concluir este capítulo, creo de oportunidad y de justicia, dar á conocer al humilde y célebre autor del Camarín famoso, quien fué alta prez y gloria de artistas mexicanos de aquella época.

Para el objeto, copio los rasgos biográficos que escribió el Padre Loaizaga en la Historia de Ntra. Sra. de Ocotlán: (*)

“El milagro, que se sigue, por singular, debía ser el primero, pero lo reservé para la clave de este capítulo, así porque la precisión de haber de pasar á otro suceso, no me contuviese la pluma; como porque la persona con quien se obró, ya no tiene peligro de sonrojarse, al oír sus debidos elogios, los que no debo remitir al silencio sin ofender su buena memoria. En el sitio, de donde se conducía la piedra para el Santuario, cayó un indio sin poder asirse, para escapar el golpe, aun de las hendidas que abren las mismas piedras cuando se arrancan, y como en las manos no halló recurso, se le fueron los piés, y con ellos toda la sangre al corazón; pero la Sma. Señora, que lo guardaba para que le sirviese por muchos años, dió providencia, para que antes de haber vuelto en sí, se hallara con todo el cuerpo en el aire, cogido de un pié, péndulo de una de las peñas, y con tal postura, que hizo evidente andar allí la mano de Dios, que sostiene con tres dedos la máquina del Universo.

Este hombre fué Francisco Miguel, aquel escultor, que en cada columna del Camarín de Ocotlán, puso una estatua á su memoria, y en cada friso de los retablos una pirámide á su fama. Después de aquel suceso tan prodigioso, con que la poderosísima Reina lo sacó de las fauces de la muerte, se constituyó deudor á su fineza y se puso en que le era ya obligación ejemplar en su servicio la vida. Para este efecto, tomó el oficio de escultor, en que salió tan consumado como acreditan sus

(*) Cap. XII, S. III.

obras, veinticinco años se mantuvo en la casa de la Señora, como pudiera en las soledades del Egipto como un anacoreta, pues ni jamás asistió á toros ó fiestas que son en Tlaxcala muchas, y verdaderamente provocativas, ni dejó el retiro de su aposento, si no era para ir á recolección de Topoyanco á confesarse y á comulgar, que era á menudo.

Después de comer hasta las dos de la tarde, y de noche después de haber rezado el rosario con su familia, que toda se redujo á una hermana como él angelical, y un huérfano, que crió con la leche de sus buenos ejemplos, se retiraba al coro á regalar muy espacio, su espíritu con Dios y su Madre dulcísima. Este comercio le hizo ajustar sus operaciones á las divinas leyes, de modo, que no se le notó, ni palabra (entre tantos aplausos) que sonase á engreimiento, ni acción que no oliese á piedad. La que tuvo con el Divinísimo fué admirable: A empeños y persuaciones suyas, se dispuso anualmente la Octava del Sacramento; en la que salía de sí, no fiando el adorno de los altares y templo de otras manos que de las suyas.

Entonces vacaba del trabajo, para irse á las bodegas del vino, á que el Esposo le convidó con tantas ternuras, como manifiestan muchas veces sus ojos derretidos en lágrimas. Del amor que tuvo á Nuestra Señora de Ocotlán, qué he de decir, si de él ya dieron testimonio auténtico y público sus primores; si ya le vimos convertido el corazón en burnia y en escoplo, y acierra toda el alma. ¿Qué pieza tiene el Santuario, en que no tuviese parte su aplicación? Ya en la Iglesia en los retablos; ya en el Camarín con todos sus arreos; ya en el interior de la casa trazando las viviendas. En rezar el rosario

de la Virgen, fué tan nimiamente tenaz, que aun la víspera de morir lo rezó, con la misma pausa y sosiego, que cuando sano. Y ya que en los últimos momentos no pudo seguirlo entero, suplía lo que la lengua no alcanzaba, con amorosas jaculatorias, hasta que (recibidos los Sacramentos, y sin la menor señal de tristeza,) le dió el alma á Dios y el espíritu á Nuestra Reina y Señora de Ocotlán, como piadosamente se crée de su ajustada vida, tan inculpable, que instado del Capellán, poco antes de su felicísimo tránsito, sobre que se reconciliase, no halló ni aun materia leve en su conciencia, que poner para la absolución. Fué en extremo devoto de San Francisco, cuya cuerda ceñía; y el Santo le pagó con ponerle á la cabecera á un hijo suyo, que le asistiese y cerrase los ojos. Su cuerpo está sepultado en aquel mismo Templo, y tierra, que tantas veces regó con sus sudores."

ESTRELLA VIII.

Gracias y privilegios concedidos por los Sumos Pontífices y Sres. Obispos.

Hasta aquí hemos visto ya la historia del Santuario y la sucesión de los Sres. Capellanes, á quienes ha sido encomendado su cuidado y engrandecimiento: ahora pa-

semos á conocer las gracias y privilegios, con que los Sumos Pontífices y Señores Obispos han enriquecido á aquel precioso Relicario, fijando la época de los Capellanes en que fueron concedidas dichas gracias.

El año de 1700, en tiempo del Sr. Capellán D. Francisco Silva, gobernando el Ilmo. Sr. Obispo D. Pedro Nogales, consiguió separar al Santuario de la Doctrina de Tlaxcala, quedando del todo independiente en la administración de los Sacramentos, con el título de Parroquia. (*)

En mil setecientos treinta y cuatro, tiempo en que el Sr. Lic. D. Manuel Loizaga era Capellán, y gobernando la S. Mitra el Ilmo. Sr. Dr. D. Benito Crespo, se estableció canónicamente la cofradía de Nuestra Señora de Ocotlán; y en 1735, siendo ya Obispo de esta Diócesis el Sr. Arzobispo Obispo D. Pantaleón Alvarez de Abreu, fué aprobado por el Sr. Clemente XII, por bula de 5 de Febrero del mismo año, en la que concedió indulgencias plenarias y parciales para todos los cofrades, como se ve en la copia fiel de las cédulas, que hasta hoy existen y que á continuación inserto:

Cofradía de Nuestra Señora de Ocotlán, erigida y aprobada con sus constituciones, de órden de! Ilmo. Sr. D. Benito Crespo, Caballero del Orden de Santiago, Obispo que fué de Durango y de la Puebla de los Angeles, del Consejo de S. M. etc., por el Sr. Dr. D. Gaspar Antonio Méndez de Cisneros, Prevedado de la Santa Iglesia Catedral de dicha Ciudad de la Puebla, su Provisor, Gobernador y Vicario General.

(*) Así lo asegura el Sr. Loizaga en su historia, pág. 45.